



EN BUSCA DE LA CLASE MEDIA

RESEÑA DE: SECCIA, ORIANA (2019). **¿CLASE MEDIA? ENSAYOS DE LITERATURA Y SOCIEDAD DESDE GINO GERMANI A LA NUEVA NARRATIVA ARGENTINA. BUENOS AIRES: UBU EDICIONES.**

AUTOR
Hernán Maltz
UBA-CONICET

Cómo citar este artículo:

Maltz, H. (2020). En busca de la clase media. Reseña de: Seccia, Oriana (2019). *¿Clase media? Ensayos de literatura y sociedad desde Gino Germani a la Nueva narrativa argentina*. Buenos Aires: Ubu Ediciones. *Revista Diferencia(s). Revista de Teoría Social Contemporánea*, N. 11, pp. 180-185.

Artículo

Recibido 22/04/2020
Aprobado 26/06/2020

El libro de Seccia indaga en torno a “los modos en que se produce la experiencia subjetiva contemporánea” (p. 20). En particular, parte de una pregunta fundante: cómo se forja la identidad de las clases medias argentinas. La autora busca y merodea la respuesta en una suerte de sustrato de discursividad, por lo que nos adentramos en un nivel de análisis y comprensión en que cualquier referencia al mundo es inconcebible sin la mediación de la performatividad del lenguaje. Así, para comenzar, podríamos apelar a la síntesis que nos ofrece en una de sus primeras líneas, en que consigna: “la identidad de clase media se muestra como el producto de un dispositivo histórico y contingente de enunciación” (p. 11).

Ahora bien, ¿dónde observa Seccia las marcas de dicho dispositivo? En fuentes ensayísticas, literarias y poéticas, a las que aborda con un método de lectura intensiva. Se trata de tres ensayos de Gino Germani (uno sobre la clase media en la Ciudad de Buenos Aires, otro sobre el rol de obreros y migrantes internos en el surgimiento del peronismo y un último sobre la inmigración masiva y su presunto influjo en la denominada “modernización” del país), el ensayo *El río sin orillas* de Juan José Saer, las novelas *Las islas* de Carlos Gamerro y *Agosto* de Romina Paula, los cuentos del volumen *Intercambio sobre una organización* de Violeta Kesselman y la poesía de Mariano Blatt compilada en *Mi juventud unida*.

Seccia organiza su trabajo en dos partes: en la primera, analiza la configuración del dispositivo de enunciación de clase media en los textos de Germani, Saer y Gamerro. Del primero, refiere el gesto teórico de colaborar en la “fundación mítica” de la clase media, que es retratada como el grupo social al que le corresponde encauzar la “modernización” del país (proceso que, según Germani, permite distanciar a la Argentina de las influencias de los totalitarismos emergentes en Europa). Seccia critica con justicia y sin miramientos esta perspectiva idealizadora de la clase media, aunque ciertamente podríamos matizar su dureza con la acotación de que, hoy en día, los aportes de Germani suelen ser leídos como documentos de época (y, como tales, apreciamos con claridad los prejuicios de un sociólogo hacia mediados del siglo XX). En el ensayo de Saer, observa una continuidad (con respecto a Germani) en cuanto a la valoración positiva de la clase media como actor vital del devenir del orden social argentino (en detrimento de los sectores populares, que son vistos como un agente pasivo). Sin embargo, la perspectiva saeriana también advierte sobre “el doblez moral [de la clase media], incluso su labilidad ante las vanas promesas de poder” (pp. 55-56), por lo que, a través de la lectura de *El río sin orillas*, es posible concebir a la clase media como un actor y, a la vez, como “un problema para la construcción de una sociedad justa” (p. 56). En *Las islas*, la autora comprueba una mayor complejización del tratamiento de la clase media, ya que la novela incluye tanto perspectivas de personajes externos a dicha clase como enfoques hetero-

géneos desde su interior (por un lado, perspectivas racistas, clasistas e individualistas; por otro, concepciones que reparan en la necesidad de buscar un orden social más justo).

En la segunda parte del libro, Seccia avanza en el tiempo y considera producciones literarias y poéticas del siglo XXI: aquí entran en juego los análisis de textos de Paula, Blatt y Kesselman. En ellos, busca modificaciones en el dispositivo de enunciación de la clase media. En los estilos de Paula y Blatt halla cierto movimiento totalizador e universalizante, ya que, según su perspectiva, el dispositivo borra las marcas de toda existencia clasista por fuera de la clase media. No ocurre lo mismo con la prosa de Kesselman, en que sí es posible distinguir una voz que apela a la existencia explícita de clases populares (y, por este parecido que la acerca a los autores de la primera parte, Seccia atribuye cierto carácter intempestivo a los cuentos de Kesselman —aunque, al mismo tiempo, también reivindica su originalidad a la hora de retratar procesos antes que personajes—).

Ambas partes del libro se enmarcan y contextualizan con un prólogo en que se despliegan las elecciones y disposiciones teóricas de la autora. Potente y aguda lectora, elabora un amplio marco teórico que abarca aportes de la escuela de Frankfurt, el marxismo cultural, el estructuralismo, el post-estructuralismo y la semiótica (Benjamin, Adorno, Jameson, Williams, Lévi-Strauss, Foucault, Derrida y Verón son algunas de las citas de referencia, además de Rancière, Žižek, Butler, Ludmer, García Canclini y otras estrellas teóricas posteriores). Con estos puntales, Seccia discute ante todo con perspectivas de teoría social que han tendido a minimizar la incidencia de las clases sociales a la hora de comprender las sociedades contemporáneas (atribuye esta óptica a Ulrich Beck y François Dubet).

A su vez, en el prólogo se encarga de nominar su propia perspectiva como “sociología impresionista”, que, en principio, se configura en oposición a “una ‘sociología de los datos’ o de la observación minuciosa, registrada” (p. 26). Por la positiva, se trata de “un modo de acercamiento a ciertos acontecimientos que ocurrían en la realidad social y que, tan azarosamente como se presentaban, obligaban a pensar algo con ellos” (p. 26). Unas líneas más adelante, continúa con la descripción de sus llamativos atributos del siguiente modo: “la labor del sociólogo impresionista se presentaba como exigente y laxa a la vez: imponía una atención flotante (por eso vaga) pero también constante, siempre dispuesta a que un objeto llamara nuestra atención, nuestra curiosidad” (p. 26).

Por supuesto, ante todo saludamos la propuesta de una “sociología impresionista”, por demás fresca y justificada con soltura. Sin embargo, este modo de hacer sociología me suscita un par de reacciones adicionales, de tintes más precavidos. Por un lado, el hecho de erigirse “contra una ‘sociología de los datos’ o de la observación minuciosa” (p. 26) parecería estigmatizar tanto a los datos como a la observación sistematizada; si dedicamos apenas una cavilación

momentánea a dicha inquina, no tardaríamos en notar que *toda* elaboración teórica implica tanto una construcción de datos como una observación minuciosa; para buscar ejemplos de esto no tenemos que ir más allá del propio libro de Seccia, en que efectivamente observamos “datos” teóricos, sociológicos y literarios, así como agudas observaciones y reflexiones derivadas de un trabajo sistematizado. Por otro lado, me gustaría retomar el rasgo “azaroso” de la sociología impresionista para posar el interrogante acerca de cuán “azarosamente” alguien puede leer a Germani, Saer, Gambero, Paula, Blatt y Kesselman (no dejo de pensar que la conjunción de estas lecturas dista de una subjetividad y una forma “libres” o “espontáneas” de leer literatura y hacer sociología). Realmente pongo en duda que alguien acaso pueda escribir una tesis doctoral, devenida libro, por medio de un camino que no sea “ascético y metódico” (p. 26), rasgos de los que presuntamente escapa la sociología impresionista. Por lo tanto, a partir de estos dos comentarios (y de los precedentes), queda claro que el libro me resulta por demás interesante, reflexivo y estimulante para debatir. Lo que no me cierra de ningún modo es la categoría y la definición de la sociología impresionista, que, en mi lectura, termino por interpretar como una pose (en miras a confrontar, yo diría que, hoy en día, cualquier modalidad de la sociología debería apuntar a ser “omnívora” y nutrirse tanto de posturas “ensayísticas” como “positivistas”; cualquier posicionamiento que sostenga la existencia de tales lineamientos como opuestos, según creo, recae en una discusión trillada).

Hay tres palabras clave que reclaman una particular atención. Dos de ellas se hallan incluso presentes desde el título del libro, “literatura” y “sociedad”, mientras que la tercera está presente a lo largo de todo el texto: “dispositivo”. La primera, “literatura”, es atendida con minucia en la introducción. Al comienzo, la literatura es presentada como la principal fuente en que se basa la indagación en torno a las clases medias. Pero, pronto, la consideración de la literatura como mera fuente resulta complejizada y es descripta como “un modo específico de acción social: discute narrativas sociales, multiplica los focos de experiencia en su propio espacio textual, e incide en la producción de imágenes de vidas posibles e imposibles” (pp. 22-23). Seccia amplía las implicancias de esta definición y, además, delimita otra que rechaza: “no se considerará a la literatura como documento, fijación uno a uno de la dinámica de los acontecimientos, en tanto manifestación de un origen: el proceso histórico” (p. 23). Desde luego, esta distancia con respecto a la literatura como mera actividad de referencialidad del acontecer histórico no la despoja de su densidad reflexiva sobre el tiempo y sobre la propia historia: “en el espacio literario se efectúa una potenciación del proceso histórico, una multiplicación de sus implicancias, más que su reflejo” (p. 23). En esas mismas páginas, asimismo, se apela a otras definiciones de los fenómenos literarios: como “reloj que adelanta” (Deleuze y Guattari) y como “experiencias epistemológicas que renue-

van las formas de preguntar, traducir y trabajar con lo incomprendible o lo sorprendente” (García Canclini). Por si fuera poco, hacia el final del libro, hay una reivindicación de lo literario con énfasis en su politicidad: “[l]a literatura como puesta en movimiento de la imaginación social nos lleva [...] a preguntas cruciales para pensar el estatuto de la política y lo político hoy” (p. 172).

Las otras dos palabras, “sociedad” y “dispositivo”, reciben distintos tratamientos. Si “sociedad” parte del mismo punto que “literatura”, con una mención en el título del libro, su devenir a lo largo del texto es diferente. Ante todo, hallamos un reclamo de la autora direccionado a hacer inteligible la sociedad sin prescindencia de la categoría de clase social, al tiempo que desconfía de una mera bipartición, tal como la propone el marxismo más tradicional, entre poseedores y no poseedores de medios de producción. De modo que Seccia gestiona una concepción de sociedad que parte de un marxismo lábil y a la que añade una indeclinable convicción de que toda forma de “lo social” no puede sino constituirse a través de un sustrato discursivo (podríamos suponer que, entre todas las fuerzas en tensión que confluyen en la teoría social, la última a la que renunciaría Seccia es aquella que se reconoce a partir del giro discursivo).

La constitución de “lo social” como fenómeno discursivo nos remite a la tercera palabra clave: “dispositivo”. Frente a las perspectivas de la auto-percepción y de toda teoría social que reivindique la figura del sujeto, Seccia se inscribe en una perspectiva estructuralista, en sentido amplio, que concibe “lo social” por sobre las voluntades de sujetos individuales. De todas formas, si bien el armado teórico-semántico es muy prolijo y diáfano, acaso podríamos reclamar algo más de precisión o especificación en torno al vocablo “dispositivo”, al que intuimos que la autora inscribe sin más en una genealogía post-estructuralista (al menos “Foucault” es uno de los nombres que viene rápidamente a cuenta con dicho término, aunque no haya en el texto ninguna referencia en este sentido).

Así como postulamos la solidez general del trabajo de Seccia, creemos pertinente formular algunas críticas adicionales. Me permito señalar tres cuestiones: una institucional, una formal y otra vinculada con la formulación del estado del arte. La institucional se basa en cierta omisión relativa a que, al parecer, el libro originalmente se trató de una tesis doctoral (hecho que confirmamos con un descuido en la edición, pues en una nota al pie se nos remite a un “anexo” de la “tesis”). En este sentido, si hubiera sido efectuada con el financiamiento de una institución pública, como el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, nos preguntamos por qué no hay un (mínimo) reconocimiento formal a tal institución. En cuanto a la segunda cuestión, no resulta menor cierto descuido formal en la edición del libro (el uso indistinto de rayas y guiones como si fueran dos signos de puntuación iguales, la omisión de sangrías, algunas erratas, ciertas oraciones de sintaxis enrarecida y, por último, la susodicha

nota el pie en que, no sin enojo, descubrimos un palimpsesto de una tesis sobre la que no se nos había notificado), por lo que nos preguntamos si acaso no sería óptimo abogar por un mayor nivel de revisión de los textos y por una mejor gestión de la paciencia entre el momento de la defensa de una tesis y su ulterior publicación como libro (queda claro que es un rezongo que disemino entre la autora, su director, los jurados de la tesis y los editores). En lo atinente al estado del arte, planteo la siguiente crítica: así como el marco teórico es sumamente consistente (no solo en el prólogo, sino a lo largo de todo el libro, en las formas en que es retomado y puesto en discusión), percibo que el estado del arte de la investigación cuenta con algunas ausencias un tanto llamativas: por ejemplo, abordar la obra de Gino Germani sin citar ni dialogar en absoluto con los trabajos de Alejandro Blanco parecería un poco descuidado. En los casos de Saer y Gamerro, podríamos hacer una solicitud similar: una mayor discusión con otras interpretaciones previas. Es cierto que esta exigencia no resulta tan válida en el caso de las fuentes literarias y poéticas de la segunda parte, que, por su mayor recencia, cuentan con un menor número de trabajos críticos que se han interesado por ellas. Pero, en este caso, sí huelga aclarar que la autora se encarga de establecer un marco de discusión con otras interpretaciones en torno a la denominada Nueva narrativa argentina, ya que trae a cuenta y discute con intervenciones previas de Sarlo, Saítta y Drucaroff.

No por último, resta insistir en que estamos ante un valioso aporte que reflexiona sobre la literatura, la sociedad y la sociología de entresiglos (XX y XXI). Sobresale la pertinencia de una pregunta colectiva y generalista, en el marco de un contexto político y de una agenda académica que tienden a interrogarse por identidades de minorías y de segmentos poblacionales específicos. En tal sentido, el espíritu ambicioso de Seccia podría remitirnos a su cita inicial del trabajo de Adamovsky: así como este afirma que su libro sobre las clases medias en la Argentina interpela a todo habitante del suelo argentino, el libro de Seccia debería convocar a todo habitante del territorio sociológico y, por extensión, a todo transeúnte de las ciencias sociales y humanísticas.



SOBRE EL AUTOR

Hernán Maltz
UBA-CONICET
hermaltz@gmail.com

Doctor en Literatura y Licenciado en Sociología, ambos títulos por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como becario posdoctoral del CONICET y docente universitario. Trabaja en proyectos de investigación sobre narrativa policial argentina y sociologías de la literatura.